

LA LITURGIA FORMADORA DEL MONJE (PRIMERA PARTE)¹

Para saber cómo la liturgia es formadora, es necesario ante todo recordar aquello que es necesario formar y quién tiene que formar. Para los maestros y maestras de novicios, se trata de formar monjes o monjas, mas, ¿qué es un monje o una monja? El monje es un cristiano, es decir, un creyente en un Dios Trinidad, bautizado y miembro de la Iglesia. Un creyente que busca a Dios, como debería hacerlo todo creyente, en la fe, la esperanza y la caridad, búsqueda que se concretiza en la oración y en el conjunto de la vida espiritual.

Pero el monje es un creyente que se siente llamado por Dios a vivir su fe y su búsqueda de Dios en condiciones particulares que, en sí, están organizadas para ayudarlo en su camino. No son indispensables y no garantizan que harán de él un santo: la santidad es un don de Dios, es la obra de la gracia, y toda la tradición está presente aquí para afirmar que los cristianos que adoptan la vida de todo el mundo, pueden ser más santos que los monjes. La santidad es correlativa de la caridad que se vive en no importa qué situación. Pero el monje escoge, impulsado por la gracia, ubicarse en condiciones particulares que están hechas para que su bús-

* Gérard Dubois nació en noviembre de 1929. Entró en la Abadía N. Sra. del Monte (norte de Francia) en 1947 e hizo su profesión solemne en 1954. Estudió en Roma y fue ordenado sacerdote en julio de 1957. Fue chantre y profesor de Teología y de Liturgia, maestro de novicios y prior, antes de ser nombrado superior de la Trapa de Soligny (Normandía) en 1976, donde fue abad de 1977 a 2003. Secretario de la comisión de Liturgia de la Orden, trabajó en la reforma litúrgica postconciliar de la misma.

¹ Bajo este título el Autor dictó cinco conferencias, en la reunión para formadores monásticos realizada en Helfta, en la primavera de 2006. El presente artículo traduce la introducción y la primera conferencia, publicadas en el tomo 68 (2006) de *Collectanea Cisterciensia*, pp. 303-316. Las siguientes aparecieron también en *Collectanea Cisterciensia* t. 69 (2007), pp. 111-133 y 294-320.



queda desemboque en una vida intensa de intimidad con Dios, en la fe, la esperanza y la caridad, y que, en ese sentido, son condiciones privilegiadas. Es evidente que en una comunidad donde la liturgia estructura cada jornada, del modo como conocemos, la persona se encuentra en una condición privilegiada con respecto a quienes no tienen como liturgia más que la misa dominical, el *minimum* que pide la Iglesia, que, por otra parte, pocos observan.

Esas condiciones particulares son:

- ante todo, un cierto “retiro del mundo” y la elección del celibato,
- en el interior de una comunidad que es escuela del servicio divino, escuela de caridad,
- donde se vive la puesta en común de los bienes y la obediencia a un abad, y a los hermanos,
- en la caridad fraterna y la pobreza,
- en una observancia, una “disciplina” comunitaria,
- fundamentalmente centrada en la celebración litúrgica, la *lectio* y el trabajo.

Al vivir aparte de la vida parroquial, esta comunidad constituye por sí misma una célula de la Iglesia. Madre Rosaria Spreafico, en 2004², insistió mucho en ese punto siguiendo el documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada de 1994 sobre *La vida fraterna en comunidad*³. La vida fraterna llevada en común en un monasterio está llamada a ser signo vivo del misterio de la Iglesia que es comunión, una comunión cuyo prototipo y principio unificante no es ningún otro sino la unión de las Tres Personas en el seno de la Trinidad.

La comunidad religiosa es manifestación palpable de la comunión que funda la Iglesia, y, al mismo tiempo, profecía de la unidad a la que tiende como a su meta última⁴.

El monje que vive en ese contexto debe poco a poco transformarse interiormente. Es, en el comienzo, como un material en bruto: no

² En una serie de conferencias para formadores monásticos, publicadas en el tomo 67 (2005) de *Collectanea Cisterciensia*, pp. 19-32 y 112-130, “La comunidad sujeto de evangelización”.

³ Cf. *Documentation catholique* 1994, pp. 411-434.

⁴ *Ibidem*, nº 10.

ocurre de inmediato que viva de fe, de esperanza, de caridad fraterna, en el celibato, la pobreza, la obediencia. Tiene sus resistencias interiores de orden psicológico o de orden espiritual. Necesita ir evolucionando, poniéndose en camino. Los psicólogos y los teóricos de la vida espiritual tienen sus categorías y sus señales para jalonar ese recorrido: los especialistas de la liturgia tienen también que encontrarlas.

La cuestión que tenemos que examinar es la siguiente: ¿Qué proporción la liturgia en este camino para llegar a ser monje más profundamente en el corazón mismo de la comunidad? ¿En qué y cómo la liturgia forma al monje?

A decir verdad, la liturgia no es simplemente un instrumento pedagógico a disposición de los educadores. La constitución *Sacrosanctum Concilium*⁵ dice que ella está también en el orden de los fines:

... La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia [...] Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor (SC 10).

Pero precisamente porque la liturgia es esto y porque también

... De la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, emana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin (*ibidem*),

podemos adivinar que tiene algo que decirnos en nuestra formación cristiana y monástica. Para captarlo es necesario también acordarse de lo que la liturgia es y qué lugar tiene en la economía de la salvación.

Yo trataré los siguientes aspectos:

- I. La liturgia en relación con el arraigo del monje, y por lo tanto del novicio, en la vida comunitaria.
- II. La liturgia en la formación para la vida de oración y el cami-

⁵ En adelante citada SC, seguida del número del párrafo.

- no espiritual.
- III. La liturgia en la profundización de la fe cristiana.

I. La liturgia en relación con el arraigo en la vida comunitaria

1. La liturgia en la observancia monástica

El postulante que entra en la comunidad se encuentra de inmediato sumergido en una observancia comunitaria. Esta será la de toda su vida⁶. El monje participa en la vida de una comunidad bastante disciplinada, según horarios que, globalmente, son los mismos para todos. Y esta participación en una observancia bien precisa, es uno de los elementos formadores del monje.

Ahora bien, precisamente es la liturgia lo que estructura el tiempo del monje. El de la jornada, en primer lugar, con sus diferentes oficios que llevan regularmente al coro. Entre los cistercienses, por lo menos, esto comienza bastante temprano. Pero para todos los monjes y monjas, las horas nocturnas son importantes, con su connotación de recogimiento y de espera del Señor: en el *Antiguo Testamento* como en el *Nuevo*, las venidas del Señor se dan de noche. Noche del acto inicial de la creación –todavía no estaba el día–, noche de la alianza con Abraham (*Gn 15,5.17*); noche pascual del *Éxodo*. En el judaísmo se esperaba que el Mesías arribara de noche. El nacimiento del Salvador, la Transfiguración [según san Lucas], la resurrección de Cristo y la expectativa de su retorno (*Mt 24,29-30*) son también acontecimientos nocturnos. Como dicen sobriamente las *Constituciones* de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia:

Las horas que preceden a la salida del sol son dedicadas a Dios de modo muy apropiado por medio de la celebración de las Vigilias, por la oración y la meditación, en la sobria espera del retorno de Cristo (*Constitución 23*).

Este “encuadre” litúrgico de la jornada es importante y marca la vida del monje. Permanece por lo pronto en un nivel exterior, que no deja por eso de tener un alcance espiritual. Como lo observaba Madre Rosaria, en la sesión de 2004:

⁶ A diferencia de las órdenes apostólicas en las que, una vez formado, el religioso ejercerá diversos ministerios en un contexto muy a menudo secular y que podrá variar según los períodos de su vida, con co-hermanos que no serán siempre los mismos. Un jesuita podrá acostarse a la hora en que otro se levanta...

La persona que llega al monasterio, normalmente, queda impresionada de esta capacidad que tiene la comunidad de dejar un trabajo, una conversación urgente, para entrar plenamente en la liturgia. En esas situaciones, el cuerpo enseña al espíritu el valor de la obediencia⁷.

Ese marco litúrgico abarca no solamente la jornada del monje, sino también todo el año: la alternancia de días de trabajo y días de descanso o de vacaciones no corre del mismo modo que en la sociedad. El sábado sacrosanto del fin de semana es en el monasterio un día de trabajo como cualquier otro. El domingo, como contrapartida, está marcado como día litúrgico muy importante y sólo se realizan en él los trabajos indispensables. En la sociedad el año está señalado, a la vez, por las fechas de las vacaciones escolares (las que no están más en concordancia con las fechas litúrgicas) y por las de las vacaciones pagas, sobre todo en Francia las del mes de agosto: el año civil comienza mucho más en septiembre, en que se retoman las actividades, como suele decirse, que el primer domingo de adviento o incluso el primero de enero, ¡dejando aparte el carillón de San Silvestre! Algunas “agendas” de bolsillo van de septiembre a septiembre.

En un monasterio el marco del año está dado por la liturgia: el año comienza verdaderamente el primer domingo de adviento. Los tiempos litúrgicos se imponen: están materializados por el color de las vestimentas litúrgicas, por los períodos de ayuno o de no ayuno, por el canto, las celebraciones cotidianas, etc. Nuestros días feriados son las fiestas litúrgicas: trabajamos en las fiestas civiles (en Francia, los 8 de mayo, 14 de julio, 11 de noviembre...); pero “solemnizamos”, e incluso, en algunos monasterios, “paramos”, el 19 de marzo para la fiesta de san José, o para la fiesta del Sagrado Corazón que, muy a menudo, incluso para los cristianos, pasa inadvertida en su ritmo de trabajo. Cuando llega la “semana santa” lo experimentamos hasta en nuestros horarios y nuestras actividades.

Que el año litúrgico estructure así nuestro tiempo es importante, pues esto coloca en el centro de nuestra vida a la celebración, y por lo tanto, a la evocación del misterio pascual de Cristo en sus diferentes fases: vivimos socialmente de la estructura cristiana del año, según los tiempos y las fiestas litúrgicas. Cada año el ciclo es retomado, pero va profundizándose cada vez: siempre volvemos a comenzar de nuevo. La liturgia nos abre a la plenitud del tiempo que llega.

⁷ *Collectanea Cisterciensia* t. 67 (2005), p. 125.

2. La reunión en la liturgia

La observancia común implica la vida fraterna. El trabajo ofrece muchas ocasiones de servicio fraterno, pero es cada vez más raro que la comunidad en su totalidad se reúna para un trabajo. Es en la liturgia y en las comidas donde estamos más a menudo todos juntos. La comida se cumple en el transcurso de una liturgia: la bendición y la acción de gracias la rodean y se escucha durante ella una lectura. Hay también que agregar las reuniones comunitarias, comenzando por el capítulo del abad.

De entre esas reuniones de la comunidad, la reunión de la liturgia no es solamente la más prolongada, sino la más fundamental, en la medida en que manifiesta más a la comunidad como Cuerpo de Cristo, lo que en realidad es. Guardando todas las proporciones, puede aplicársele lo que el concilio dice de la Iglesia diocesana:

La liturgia [...] contribuye en sumo grado a que los fieles *expresen* en su vida y *manifiesten* a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia (SC 2).

Conviene que todos tengan en gran aprecio la vida litúrgica, [...] persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros (SC 41).

Esto es válido en primer lugar respecto de la liturgia celebrada en la catedral; pero, se agrega, ese misterio se refracta, por decirlo así, en las demás asambleas litúrgicas de la diócesis, y puede decirse también de la liturgia de la comunidad monástica. Por lo demás, la *Presentación General de la liturgia de las Horas*⁸ hace la aplicación de esto a las comunidades de monjes y de monjas que, en virtud de su Regla, cumplen la liturgia de las horas:

Ellos representan especialmente a la Iglesia en oración: en efecto *manifiestan* de modo más perfecto la imagen de la Iglesia que alaba al Señor sin descanso y con una sola voz (PGLR 24).

Así también, dice la Instrucción ya citada sobre *La vida fraterna en comunidad*:

⁸ En adelante citada PGLR, seguida del número de párrafo.

La comunidad se construye a partir de la Liturgia, sobre todo de la celebración de la eucaristía y de los otros sacramentos [...] “De aquí debe partir toda forma de educación para el espíritu comunitario”⁹.

Y Enzo Bianchi nos confirma:

Saberse todos convocados a horas determinadas –las horas de la luz y de la noche–, responder convergiendo todos hacia un único lugar, cumplir el signo de revestirse del hábito coral, es ya predisponer todo, *juntos y de manera sinfónica*, para mantenerse ante Dios *en asamblea*, como comunidad, como *cuerpo que acepta ser edificado y reunido* por el Señor. Lamentablemente, nosotros no pensamos suficientemente en estos gestos cotidianos y simples, que la costumbre torna rutinarios e insignificantes; pero si solamente comprometiéramos nuestro espíritu en remontarnos hasta las motivaciones más verdaderas de esos gestos, nos abriríamos entonces, con una conciencia renovada, a una acción que nos modela y nos edifica. Y así, reunidos en asamblea por obediencia a la iniciativa del Señor, y alrededor de Él que está resucitado y vivo, escuchamos su palabra: sí, *Señor, abre mis labios*, pero también *haz atento mi oído*¹⁰...

3. El compromiso en la liturgia

La liturgia, de suyo, es concelebración. No es la yuxtaposición de oraciones individuales. Que sea concelebración es incluso lo que la distingue fontalmente de las “devociones populares”.

A decir verdad no hay oración aislada. Toda oración de un cristiano, de un miembro de la Iglesia, compromete en cierta manera a la Iglesia entera, porque se cumple por medio de Cristo, único mediador de Dios y de los hombres: ahora bien, Cristo es Cuerpo. La oración del cristiano es ejercicio del sacerdocio bautismal en el Espíritu Santo. Y por ese hecho ella es oración de la Iglesia. De toda oración puede afirmarse lo que san Pedro Damiano dijo respecto del Oficio divino celebrado por un ermitaño:

⁹ *Documentation catholique* 1994, n° 14, citando *Presbyterorum ordinis*, 6.

¹⁰ BIANCHI, Enzo: “Liturgie et vie fraternelle” en *Liturgie*, n° 126 (2004), p. 195. Las cursivas son nuestras.

En todas partes donde se encuentra corporalmente un miembro, allí también se encuentra sacramentalmente (*per sacramenti mysterium*) el cuerpo entero [...] El poder del Espíritu Santo que se encuentra en cada uno y llena al mundo entero, hace que lo singular devenga plural y lo plural singular (*hic solitudo pluralis et illic multitudo intelligitur singularis*)¹¹.

Un cristiano nunca está solo, incluso cuando ora en lo secreto de su cuarto; es miembro de un cuerpo.

Si todos formamos un solo cuerpo en Cristo, por más que nos alejemos físicamente unos de otros [por ejemplo, para orar o para la *lectio*...], espiritualmente no podemos estar separados, nosotros que permanecemos en Él¹².

A fines del siglo XVII, cuando el individualismo gana terreno, Thomassin afirma aún esta comunión de todos en la oración:

Gracias a la comunión de la caridad y por el vínculo de un mismo Espíritu Santo [...] las oraciones de cada fiel son comunes a todos los demás y las de todos los demás son comunes para él, [cada fiel que reza el *Pater*] es revestido de la personalidad de toda la Iglesia¹³.

Pero mi oración puede no interferir con la de mi vecino sentado a mi lado en un mismo banco, por ejemplo, durante mi acción de gracias. Puede ser mi propia oración, privada, por decirlo así, incluso cuando yo estoy unido de corazón con mi vecino. Aun cuando reza en Iglesia, aun cuando reza las oraciones de la Iglesia, la oración de un cristiano no es todo el tiempo *la* oración de la Iglesia, aquella en la que él se reconoce y que la Iglesia asume en cuanto tal. Incluso una oración dicha en común, el rosario, por ejemplo, no es reconocida como oración litúrgica, sin que por eso su valor se menosprecie: la autoridad eclesiástica hace una clara distinción entre liturgia y prácticas piadosas¹⁴.

¹¹ 11º opúsculo *Dominus vobiscum*, cap. 6, PL 145, c. 236. El opúsculo ocupa las columnas 231-252 de PL 145, trad. parcial en *La Maison-Dieu* nº 21 (1950), pp. 174-181.

¹² DAMIÁN, Pedro, *op. cit.*, cap. 8, PL c. 238.

¹³ *Traité de l'Office divin dans ses rapports avec l'oraison mentale* (1686), citado en el *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 12, col. 2306.

¹⁴ Cf. SC 13; *Directorio para la piedad popular y la liturgia* (dic. 2001), 13 y sig. (citado en adelante *Directorio*).

La liturgia no es una acción privada. Ella implica un compromiso particular de la Iglesia, que va más allá de la reglamentación que puede dar al respecto la Santa Sede: no es el simple hecho de una aprobación pontificia o de un mandato dado a los cristianos, sobre todo a los miembros del clero o a los religiosos para su beneficio. Es la oración no sólo de los cristianos en Iglesia, sino que es oración de la Iglesia que se expresa en ella en cuanto tal, oración del Cristo total, cabeza y cuerpo:

El oficio divino [...] es en verdad la voz de la Esposa misma que habla al Esposo, más aún, es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre. (SC 84).

Porque es esencialmente la voz del Pueblo de Dios organizado jerárquicamente, la liturgia toma la forma de una concelebración. Esto se manifiesta esencialmente en la Eucaristía que no puede celebrarse más que bajo la presidencia de un ministro sagrado, pero esto se realiza también en las demás acciones que no necesitan forzosamente de la intervención de un sacerdote. Es también el caso del *Oficio divino* o *Liturgia de las Horas*, celebrado “en nombre del Pueblo de Dios” y que cuenta con la intervención de diversos actores –invitador (o quien reza el invitatorio), cantor, lector, presidente–, con responsorios, versículos, letanías, y ante todo, una salmodia que supone una alternancia en el canto¹⁵. El lenguaje, el ritmo, la configuración, los acentos teológicos propios de la liturgia, diferencian a la liturgia de los elementos correspondientes en la piedad popular, como lo pide el *Directorio*.

También se puede rezar en común el rosario:

En *ciertas* ocasiones la oración del Rosario *puede* tomar la forma de una celebración compuesta de diversos elementos: la proclamación de los pasajes de la Biblia relativos a cada uno de los misterios, el canto de algunas partes de la oración, una sabia distribución de las funciones entre los distintos participantes, la solemnización de la introducción y de la conclusión de la oración¹⁶.

Pero no es más que una posibilidad en ciertas ocasiones, mientras que está estipulado que la celebración comunitaria de los actos litúrgicos “en cuanto sea posible, debe preferirse a una celebración individual y casi

¹⁵ Cf. ROGUET, A.-M.: “Un cas méconnu de concélébration: la concélébration communautaire de l’Office divin”, en *La Maison-Dieu* n° 35 (1953), pp. 74-75.

¹⁶ *Directorio* 199.

privada” (SC 27). Uno no se plantea dificultades particulares recitando solo el Rosario, mientras que recitar el Oficio solo puede provocar cuestionamientos, como lo hace notar el ermitaño a quien responde san Pedro Damían. Llamado en 1950 a decir su sentimiento respecto del oficio divino, cuando el breviario era habitualmente recitado por el clero de modo individual, Paul Claudel hacía notar:

La dificultad especial en el Breviario es que este conjunto de oraciones, admirablemente compuesto, está más bien hecho para la recitación colectiva que para la lectura individual. Sería preciso suplir este desfasaje con una atención ferviente que los sacerdotes sobrecargados por la acción exterior difícilmente pueden prestarle¹⁷.

De este carácter concelebratorio de la liturgia podemos sacar algunas conclusiones desde el punto de vista de la **formación**. Dom Adrien Nocent subrayaba justamente:

Hay que asegurar un paso de mi celebración a la celebración en y con una asamblea, signo de Cristo y de la Iglesia [...]. Esto supone una actitud interior exigente. Yo no celebro el oficio a partir del momento en que lo concibo solamente como un acto devoto y piadoso, yo no celebro tampoco cuando hago de ello mi celebración. Toda verdadera celebración supone un esfuerzo para salir al encuentro de los demás, al mismo tiempo que al encuentro de Dios [...]. Mi propia celebración es válida por la de los otros y yo no puedo estar “distráido” por la celebración de los otros¹⁸.

Como lo decía también Madre Rosaria:

Es preciso seguir un ritmo para el canto, un tono de voz, y por medio de la sincronización de los gestos, se ve mejor el parecido que este “hacer juntos” puede tener con una danza, más que con los movimientos de una tropilla de animales¹⁹

Esto me impulsa a la obediencia –agrega–, al abandono de mi volun-

¹⁷ *La Maison-Dieu* n° 21 (1950), p. 182. Cf. también ROUILLARD, Ph., en la *Vie Spirituelle*, abril 1960, pp. 398-400.

¹⁸ NOCENT, A: “Les objectifs de la formation liturgique dans les monastères” en *La formation liturgique dans les monastères, Liturgie et monastère*, Études 2. St-André 1967, p. 118.

¹⁹ *Collectanea Cisterciensia* t. 67 (2005), p. 125.

tad propia, pero también a la aceptación de los otros, a la caridad fraterna.

La liturgia, educadora de la vida de comunión²⁰. Ella nos enseña a desprendernos, nos enseña a ser hermanos. Jesús mismo lo dijo: *Vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda* (Mt 5,24). Esto es lo que ha movido a instaurar en la liturgia el beso de la paz. Pero es la paz de Cristo lo que uno trasmite en ese momento. San Benito quiere que en el Oficio el *Padrenuestro* sea cantado en voz alta por el abad, a fin de que todos, al escuchar las palabras *perdónanos así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden* podamos purificarnos de esas espinas de escándalo que no dejan de surgir entre nosotros y que el entramado comunitario pueda repararse antes de la puesta del sol (cf. *RB* 13, 12-13).

Si quiero vivir la liturgia convenientemente, ella va a impulsarme a salir de mi individualismo y a tener en cuenta a los otros. Esto no siempre es fácil. Tanto más dado que somos distintos y no se trata de nivelar nuestras diferencias. Tampoco porque la comunidad, la asamblea litúrgica, sea un colectivismo unificador que vaya a borrar las particularidades de cada uno. Nosotros conservamos nuestros gustos propios, nuestras ideas, nuestro temperamento. Pero es necesario estar en armonía, sin querer imponer el propio punto de vista. Delante de sus monjes, quien era aún su abad, el futuro cardenal Hume, se interroga:

¿Cómo la oración común se muestra como causa de tensiones para algunos y de verdadero gozo para otros? ¿Por qué algunos buscan motivos para ausentarse de ella, o parecen aliviados cuando no tienen que asistir? Estos hechos no dejan de entristecer sobre todo cuando uno ve que las decisiones tomadas en el dominio litúrgico regocijan a unos y dejan desolados a otros [...] ¿A qué soluciones habría que recurrir? Pongamos empeño en testimoniar un sentido creciente de solidaridad fraterna y del deseo de agradar a Dios por encima de todo aplicándonos a no desagradar a los demás; no desistamos de una actitud inspirada por la inclinación al perdón y a la tolerancia; estemos atentos a las dificultades de nuestros hermanos [...] ¡No van a faltar las soluciones!²¹.

²⁰ Es lo que dom Joël Chauvelot, osb, padre abad de Tournay, en Francia, ha querido proclamar a lo largo de una conferencia dada en una sesión de la comisión de liturgia monástica (CFC) en noviembre del 2002, dedicada precisamente a *Liturgia y vida fraterna*. Cf. *Liturgie* n° 121.

²¹ *Searching for God*, Londres 1977, trad. francesa *À ceux qui cherchent Dieu*, Paris, 1980, p. 239.

La dificultad en “ponerse de acuerdo” ha podido acrecentarse por el hecho de que la reforma instaurada por el Vaticano II deja a la comunidad una cierta libertad de maniobra en la organización de su liturgia. Al presentar, en 1969, el marco de la ley que iba a regir la Liturgia de las Horas en la OCSO, la comisión de liturgia de la Orden ponía de relieve que la promoción de una oración litúrgica expresiva y formadora de la comunidad podía ser fuente de nuevas exigencias:

Nuestra oración no podrá ser tal, en efecto, más que si cada miembro supera su punto de vista, escucha a sus hermanos, hace el esfuerzo necesario para que una cierta “unanimitad” se desprenda y se realice. Si la reforma litúrgica suscita aprehensión y remolinos, esto no puede pasar inadvertido: es una prueba de verdad para nuestras comunidades [...]. Antes el Oficio nos era “dado”, no había nada que replicar y cada uno podía insertarse en él sin inquietarse por su vecino; ahora será difícil no reaccionar de manera diferente a las opciones que va a ser posible tomar, y todos están comprometidos e interpelados, incluso (y sobre todo) cuando se trata de detalles de ejecución²².

Algún tiempo antes, cuando la reforma litúrgica todavía no se había lanzado pero ya se la veía venir, Thomas Merton preveía también que no sería fácil para todo el mundo. Temía presiones indebidas, en un sentido o en otro de parte de grupos, progresistas o conservadores y ponía en guardia contra previsiones que impidieran expresar la comunión en el amor. “Debemos aprender, decía, a participar en una comunión libre, abierta y gozosa de amor y de alabanzas.” Algunos se sentirán inseguros, otros en situación de inferioridad: de los dos lados esto quizá se traduzca en reacciones vivas, que testimonian conflictos emocionales y que buscan obligar a los demás. Si superan esas tentaciones por la humildad, la gracia, el olvido de sí mismos y la confianza, progresarán en la pacificación interior de sus corazones²³.

La participación en la liturgia obliga entonces a integrarse correctamente en la vida comunitaria. En ese sentido contribuye a la formación. Madre Rosaria ha desarrollado en sus intervenciones del 2004 el valor de

²² *Loi-cadre pour l'Office divin. Note explicative*, Commission de liturgie OCSO, 7 de junio 1969.

²³ Cf. *Seasons of celebration* (New York 1965), trad. francesa *Le temps des fêtes* (Tournai 1968) pp. 220-223.

la *conversatio* monástica para la formación, y en esta *conversatio* se encuentra la celebración comunitaria de la liturgia.

El camino de formación debe mirar estos gestos litúrgicos, fundamentales en nuestra vida, como uno mira la estrella polar, verificar cómo son vividos y ayudar a que sean cada vez más vividos en plenitud²⁴.

4. Valor educativo del rito

Por su repetición y la facilidad que termina por engendrar por el hecho mismo de la repetición, el rito puede suscitar una emoción religiosa, renovada sin cesar, como puede también engendrar la rutina si es cumplido por formalismo, sin ser habitado interiormente. No es en primer lugar un tema la “compreensión” del rito, aunque conocerlo pueda ayudar, sino que se trata de dejarse llevar por él. No es preciso que cambie muy a menudo, si no ya no puede desempeñar su función. Ni, a la inversa, ser demasiado fijo o anticuado en su significación. No es preciso tampoco que el ceremonial sea muy intransigente y directivo. La facilidad trae consigo una cierta suavidad que se opone tanto al rubricismo como al formalismo. El rito no tiene su fin en sí mismo: el hombre no está al servicio del rito. El rito debe servir al hombre en su culto, no ponerle trabas. Pero, el rito lo educa para encontrar una buena actitud.

El hecho de que la espontaneidad esté, por decirlo así, controlada, tiene también sus ventajas. Demasiada espontaneidad, gestos muy excéntricos pueden molestar a nuestros vecinos. Aprendemos por medio del rito a disciplinarnos y a respetar al otro. Por otra parte, ¿acaso es posible mantener largo tiempo la energía que supondría la creatividad a todo vapor continuamente? El rito puede sostener en los momentos de menor fervor. Nos conduce. Que nuestra “emoción” sea estilizada puede parecer poco atrayente, sin duda: cantamos salmos que invitan a la danza, con instrumentos musicales, etc., ¡permaneciendo de mármol en nuestros sitios! Esto puede parecer muy cerebral y occidental. Nuestro estado de ánimo no corresponde forzosamente con la vehemencia de las expresiones tradicionales. Pero entonces el rito asume nuestra debilidad y le da un alcance que no podría permitirse, si se mantuviera ella sólo por sí misma.

²⁴ Cf. *Collectanea Cisterciensia* 67 (2005), pp. 121-125. Madre Rosaria hablaba del “desafío de percibir qué mentalidad nueva y qué unidad profunda de nuestro *yo* nos llegan por el canal del *Opus Dei*” y ella desarrollaba cuatro aspectos de esta unidad: 1) espíritu-memoria-afectividad, 2) espíritu-cuerpo, 3) liturgia-*lectio divina*, 4) liturgia-trabajo.

Cada cultura debe encontrar su estilo. En África, éste será más exuberante que en París o Berlín... Pero en el interior de una cultura dada, una cierta moderación por medio del rito permite a menudo ir más profundamente que la espontánea exuberancia.

La liturgia, en todo caso, hace participar al cuerpo y a los sentidos, y esto no es poco en nuestra educación y nuestra formación.

El hombre no es puro espíritu, y uno no llega a la oración más profunda eliminando u olvidándose del cuerpo, sino reduciéndolo a él también, a él primero, a rendir a Dios un “servicio que sea homenaje razonable”, es decir espiritual: *servitutis nostrae rationabile obsequium*²⁵.

Es necesario aprender a servirse del propio cuerpo, a mantenerse derecho, a inclinarse, aprender a estar bien en el propio cuerpo. Madre Rosaria también hacía alusión a esto:

El aspecto físico de la liturgia nos conduce a un cierto realismo sobre nosotros mismos [...] Nada mejor que la liturgia nos da físicamente nuestra nobleza de seres consagrados a la alabanza, nos da la nobleza de los gestos, de las actitudes y de la vestimenta. Los gestos litúrgicos nos podrán enseñar la verdadera estima de nosotros mismos si nos guardamos del espíritu mundano que impulsa, por ejemplo, a no cometer errores y a mostrarse como muy dotado²⁶.

Todo esto no ocurre sin guardar relación con el misterio pascual de Cristo. Patrick Prétot hace notar, no sin humor, que

... El lugar donde el monje aprende más lo que es el misterio pascual es levantándose y postrándose para el *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*, al final de cada salmo. Yo me abandono y me recibo²⁷.

²⁵ ROGUET, A.-M., en *La Maison-Dieu* n° 72 (1962), pp. 103-104.

²⁶ *Collectanea Cisterciensia* t. 67 (2005), p. 123.

²⁷ En *Célébrer* n° 324, noviembre 2003, p. 56. Patrick Prétot es monje de la Pierre-Quivire y director del Instituto Superior de Liturgia de París.

5. La función simbólica, formadora del hombre

Ciertos gestos rituales tienen un arraigo antropológico bastante evidente: levantarse, inclinarse, postrarse, levantar las manos, golpearse el pecho, darse la mano. Está el clamor, o el silencio, la lamentación o el canto lírico. Los colores también son simbólicos y de manera diferente según las culturas.

Pero hay algo más profundo. Todo hombre conserva una referencia a los cuatro elementos, a su ambivalencia. El agua da la vida (la vida nace del agua y sin agua no se puede vivir, la vegetación no puede surgir, etc.), pero puede devastar (inundaciones, diluvio); el fuego da calor y purifica, pero también quema, consume y reduce a cenizas; el aire es nuestra respiración, pero es el viento de la tempestad que rompe todo a su paso; la tierra, el cuarto elemento, es el pedestal de nuestra estabilidad, salvo cuando tiembla, es la tierra nutricia donde surge la vegetación, pero es igualmente la de nuestras tumbas.

La ambivalencia de estos elementos fundamenta una dinámica. El *paso* a través del agua, a través del fuego, a través del desierto, o la entrada a la Tierra prometida introduce en un recorrido. Es también el paso de la noche al día, las estaciones, etc. El culto no es una simple cuestión de elementos o de objetos: el agua, el fuego, el pan, el aceite..., sino que se inscribe en las situaciones del hombre en medio de esos elementos y en su acción con esos elementos: una inmersión en el agua y una emersión, una comida de pan y de vino, unciones, etc. Hay, ciertamente, bendiciones de objetos, pero es en realidad la bendición de los hombres y de las mujeres que van a utilizar esos objetos y “no hay casi ningún uso honesto de las cosas materiales que no pueda ser dirigido hacia este fin: la santificación del hombre y la alabanza de Dios” (SC 61).

Habría mucho que decir sobre el valor formador del símbolo. En su *Tratado de teología espiritual*²⁸, el Padre Bernard insiste sobre la relación del símbolo con la afectividad de la persona. Por el hecho de que la expresión simbólica está cargada de afectividad, se vuelve intraducible en el orden del concepto. Afectividad y simbolismo se corresponden,

... Ambos están en la misma trayectoria que va del sujeto al medio vital [...]. El hombre simboliza su propia situación vital,

²⁸ BERNARD, Ch.-A.: *Traité de théologie spirituelle*, Cerf, (Théologies), Paris, 1986.

siempre cargada de afectividad (p. 178).

Como poseen una carga afectiva, los símbolos suscitan una reacción afectiva que a su vez induce un movimiento espiritual; el símbolo *fija la energía psíquica o la moviliza para su exclusivo servicio* (Pierre Emmanuel) (p. 179).

Esta actividad simbólica transforma nuestra conciencia espiritual unificándola.

Como observan psicólogos tales como Jung y Baudouin, nuestra vida moderna está caracterizada por un grave desequilibrio: mientras los aspectos racionalistas y técnicos llevan a un exceso de abstracción, que refleja el lenguaje, la parte de la sensibilidad continúa disminuyendo; esto trae como consecuencia un deseo de compensación, en el erotismo por ejemplo, o en la droga. La actividad simbólica, por el contrario, a través del arte, la poesía y el contacto con la naturaleza, restablece un sano equilibrio en beneficio de la calidad de la vida humana. Es preciso constatar justamente que la vida cristiana también se resiente de este predominio del racionalismo: contra este exceso, el simbolismo, transmitido en particular por la liturgia, revaloriza lo sensible²⁹.

La liturgia nos ayuda a integrar todas las dimensiones de la personalidad: inteligencia, afectividad, sentido de la belleza, corporeidad, mientras salvaguarda de la sensibilidad, del subjetivismo, del individualismo. Ella nos integra también en la comunidad que contribuye a formar.

Abbaye N. D. de la Trappe
F – 61380 SOLIGNY – la- TRAPPE
FRANCIA

²⁹ *Ibidem*, p. 181. El autor remite también a otros de sus estudios, sobre todo: *Théologie symbolique*, Paris, 1979 y un artículo aparecido en la *Nouvelle Revue Théologique* de 1973, pp. 1119-1136: “La fonction symbolique en spiritualité”.